

Miguel Hernández, de ayer a hoy

Hablo después de muerto.

MH

Al recibir en 1986 el premio Nobel de la Paz, Elie Wiesel recordó la turbación y el espanto que sintió de muchacho al descubrir el reino de la noche. Sucedió muy deprisa: el gueto, la deportación, el tren de ganado, la separación de sus padres, Auschwitz. Se puede encontrar en internet la foto de aquel preso: es el séptimo de la segunda fila de literas. Cuarenta y cuatro años después aquel chico judío seguía vivo en el hombre adulto y lo interrogaba: ¿qué has hecho por mí? Y el hombre le contestaba con humildad y satisfacción: toda mi vida he intentado guardar viva la memoria, luchar contra los que se olvidan, porque *la indiferencia es personificación del mal*.

A estas alturas Miguel Hernández ya no necesita ni un rescate apasionado ni una utilización interesada. Está en la historia general y está en la historia literaria, respaldado



Miguel Hernández

con una formidable documentación. Se guardan unas 6.500 *piezas* (por decirlo en términos de museo), entre libros, artículos, cartas, documentos, fotos, dibujos, canciones..., sin contar los incontables versos que su persona y obra inspiraron. Y al buscar en Google “Miguel Hernández, poeta”, se abren setecientas mil referencias. ¿No está ya todo dicho de él? ¿Se podrá añadir algo nuevo? Contra su olvido velan una Fundación, algunos tenaces estudiosos y se supone que algunos lectores, no muchos, porque éstos no son tiempos propicios para la poesía. Sin embargo, el peligro acecha, el mal está emboscado, y es, como decía Wiesel, la indiferencia.

POETAS FUERA DE COMBATE

La primera cara de la indiferencia se presenta al suponer que la misma poesía y más aún los poetas como Miguel Hernández implicados con testimonio poético en el remolino de la historia, ya no *sirven* para estos tiempos. Hoy los tiempos son otros. Cierto, y a la vista está. Las circunstancias han cambiado, la historia se ha acelerado vertiginosamente, el instante es ahora tan abigarrado y fugaz, que el pasado no interesa, no conmueve, no dice nada. El resultado es la indiferencia: ni inclinación ni rechazo. Miguel Hernández era un poeta de ayer. Si ahora se conmemora su figura es por interés académico (congresos, publicaciones, créditos para el currículo, exposiciones varias), político (inauguraciones, presupuestos, fastos localistas, resonancia mediática...), mercantil (discos, reediciones, talleres escolares...). ¿Qué cantan los poetas de ahora? ¿Dónde está Blas de Otero? *Yo no quiero ser famoso, / que quiero ser popular..* Durante tres tercios del siglo pasado el poeta formaba parte de la especie, casta o grupo social de los

hombres de letras, de los intelectuales, y por mucha que-
rencia que tuviera a encerrarse a cal y canto en su torre de
marfil, la turbulencia histórica la sacó fuera y tuvo que
comprometerse y elegir entre estos y aquellos, aquí o allí,
con estos o los otros. El intelectual tenía un papel crítico y
opositor, era el que prescribía valores, el suministrador de
criterios y hasta quien se investía de una misión salvadora
y utópica. Eso pasó. Hoy el intelectual —y más aún el
poeta— ha descubierto sus límites y la sociedad del *zap-
ping* no le da cancha. El hombre de izquierdas —con su
estética disidente de barbas, gafas gruesas, humo de pitil-
los, pantalones costrosos, un libro en las manos— murió
tras un coma largo. No es que el poeta, ciudadano invis-
ble, sea indiferente a los eventos consuetudinarios que
acontecen en la rúa, porque los hombres siguen matán-
dose y falta sopa a mucha gente, que diría Mafalda, pero
ya no maneja su verso como blande el capitán su espada.
La poesía hoy no es “arma de combate”, ni puede serlo. El
verso no es cosa necesaria “como el pan de cada día y el
aire que respiramos trece veces por minuto...” Hay liber-
tad, y como siempre fue, los más ricos son los más libres.

De Miguel Hernández proyectó durante los años se-
senta y setenta su figura de soldado y poeta, Garcilaso rojo,
pastor real, no de égloga, y, al final, preso al que se dejó
morir en la cárcel. Hay poetas grandes cuya vida y obra di-
cen muy poco de su circunstancia histórica, pero él había
prestado sus versos en la contienda civil, era ejemplo de
compromiso y de testimonio personal, su obra fue luego
proscrita y silenciada. Su reivindicación se hizo con lectu-
ras, recitados, canciones, invocaciones asamblearias, ho-
menajes al pie de la tumba, asociación a valores éticos, de
libertad, de solidaridad, de militancia política y de

representación popular. Era el paradigma de poeta del pueblo, por su origen pobre, porque lo llevaban vientos del pueblo, porque fue ruiseñor sobre los fusiles y las balas, porque hablaba de millones de niños jornaleros, mujeres de ubres reseca, y de que *nosotros no podemos ser e*

llos, los de enfrente, / los que entienden la vida por un botín sangriento... Todo eso es pasado, antiguo. Empezando por la palabra pueblo, voz en desuso hasta en la acepción más genérica de “gente de un país”, salvo en boca de nacionalistas terruñeros, heraldos del pasado. No soplan vientos del pueblo, ni ventales de poetas, sino —no sé si por razones jurídicas, políticas o sociales— vientos de la *ciudadanía*. ¿Chapuzarse de pueblo?, como decía Unamuno. Suena hoy antiguo lo que decía Miguel Hernández: “los poetas somos vientos del pueblo: nacemos para pasar soplados a través de sus poros y conducir sus ojos y sus sentimientos...” ¿Conductor de ojos y sentimientos? Si ese papel del poeta está anticuado y en desuso, no se necesita la poesía que surgió de un compromiso personal en tiempos turbulentos o amordazados, la poesía de encargo social, que diría Luckács, la poesía “militante o de circunstancias”. Pero qué poema no es fruto de una circunstancia, de una militancia afectiva, sobre todo los más desesperanzados y tristes.

LA POESÍA NOS DEJA FRÍOS

¿Qué retrato hacer hoy de Miguel Hernández, qué hacer con su poesía? Si se considera perdida en el tiempo su proyección histórica y los valores populares de su poesía, queda la obra en sí. Se conoce bien, está muy estudiada técnicamente. La crítica descompone el poema y fija sus ingredientes fónicos e imaginativos, como haría un

bromatólogo en el laboratorio con los alimentos. Añade información “hidrográfica” —las fuentes, los influjos, San Juan, Góngora...—. Al texto, a diferencia de lo que en pintura se llama “el valor de época”, se le despoja de la vicisitud personal y de la situación histórica en que surgió, sin tener cuenta su emoción e intención, con lo que ese mensaje poético queda vaciado de valor —de sabor—, y no se considera útil para satisfacer aspiraciones o enriquecer sensibilidades del presente. Esta crítica nos enseña ciertamente a leer los versos, a entenderlos mejor, a desmontar su mecanismos, a fijar sus ecos y sugerencias. Pero no deja de ser un trabajo científico y de investigación. No favorece lo que Luis Vives llamaba *cultura animi*, la cultura del corazón, que sigue bastante más rezagada que la cultura de la cabeza, la relacionada con el admirable progreso de la ciencia y de la técnica en el último siglo.

La poesía siempre fue un bien limitado, exquisito y “difícil”. Tuvo cierto prestigio social y algún caso de resonancia popular:

versos del Tenorio, poemas de Bécquer en cartas de enamorados, humoradas y lapidarias doloras de Campoamor, romances gitanos de Lorca, poemas en las cartillas escolares... Ese prestigio y esa resonancia se han desvanecido. En cuanto producto de consumo diríamos con los economistas que ha perdido “nicho de mercado”. Es explicable: hay otros *productos* culturales que se fabrican en cantidades masivas, se transmiten *urbi et orbi*, están al alcance de la mano y llenan el tiempo de ocio. Con un aparatito en el bolsillo del chándal se puede oír a Mozart trotando por la playa a pleno día. La imagen ha desvalorizado a la palabra, cuya precariedad es evidente incluso como



instrumento de relaciones respetuosas o virtuales que se establecen entre locutores y oyentes. En el cine, en la televisión, en el aula, la lengua, que es una especie de laña con variadas capas lingüísticas y registros sociales, ha quedado laminada en una

pizza coloquial aliñada con cháchara, y parloteo de moderno sainete. La palabra ha perdido valor artístico, poder dramático, uso poético y formal. La moda pedagógica la desdeña: la poesía no se considera útil en la formación sentimental ni en la magia verbal de los párvulos, no se lee en la escuela, no se comenta en el bachillerato, no se necesita a solas para el amor y el duelo, no se recita en ninguna parte. Ni siquiera se fomenta la lectura oral. Según la teoría económica del consumidor —la recepción de la obra, como se dice en el campo académico, que suele limitarse a su repercusión en círculos literarios y reseñas periodísticas...—, el lector se regiría por una racionalidad rutinaria, elige bienes por costumbre y se subordina al principio de dependencia. Su elección viene determinada por la publicidad, la moda, la marca, el prestigio y los modelos sociales. No figura la poesía entre esos bienes. Así, hoy el poeta y su obra quedan relegados, y el desconocimiento trae la

indiferencia. Sólo con ocasión de una efeméride, un centenario o un suceso —la búsqueda de la tumba de Lorca, recientemente— el mundillo académico y el mediático se aplican a una revisión, que es efímera, porque el mercado exige consumo y renovación, y llega otra efeméride u otro suceso.

POR EJEMPLO, LA EXPERIENCIA DE LA ESCOBA

¿Qué semblanza interesada se puede hacer ahora de Miguel Hernández y qué proyección lectora? A estas alturas de 2010, derrengado o no el *toro de España*, no se necesitan salvadores. Como también dijo Wiesel, no somos responsables de aquellos años en los que el poeta vivió, sino de cómo lo recordamos. Puesto que el tiempo, ese gran escultor, que decía la Yourcenar, desbasta las adherencias más superficiales, a los casi 70 años de la muerte del autor del *Cancionero de Ausencias*, debe quedar bien sólido lo en él es permanente: un testimonio vital, un compromiso ético y estético y unos versos entre la retórica del aprendiz, el reclamo civil y la conmovida voz de la experiencia íntima. Pero para no reducir su obra al estudio científico (tan completo ya), ni a la exégesis política (tan inservible hoy), lo más rico quizás sea relacionar vida y obra, el hombre y su trabajo, las vicisitudes personales y la creación artística. Surgiría así un relato, y los relatos no dejan indiferente a nadie. Porque el relato ofrece un proceso, desde un origen a un final, un cambio y una permanencia. El relato encadena sucesos y poemas, hechos y palabras en el tiempo, o sea, poesía, según la fórmula de Machado. Y con esa perspectiva Miguel Hernández es un caso ejemplar de *vividura* —que diría Ortega— y de hechura artística, un proceso de aprendizaje apasionado, experimentador, laborioso y

marcado por una suerte de *fatum* o destino. Radicalmente humano, según el testimonio de Buero, visceralmente poeta. Su vividura camina hacia un final trágico. Del espacio libre y en luminoso en la montaña donde cuidaba cabras y con la vida por delante, a la celda,

*Yo que creía que la luz era mía,
precipitado en la sombra me veo...*

Su recorrido poético se inicia, como es habitual en cualquier poeta o novelista, con la imitación de modelos y una brillante exhibición de habilidades adquiridas (ivais a ver cómo manejo yo el adjetivo o la octava!) y en el trayecto, más o menos alterado el rumbo por el oleaje personal e histórico, la voz se hace propia, se adelgaza de retórica y llega en el caso de Hernández a la isla de las ausencias.

No muchos poetas del siglo XX —a la cabeza, el Machado de las *Soledades*— ofrecen una muestra tan interesante de expresión de circunstancia personal (y social) y expresión poética, lograda con el tamiz de la elipsis y la ficción imaginativa. Poesía de la experiencia, diríamos, de circunstancias. ¿No es así siempre? Un ejemplo. Si no es por pura pirueta, ¿se puede hoy escribir una oda a la escoba? Para estar a la altura de las circunstancias, sería más creíble hacer un himno a la fregona o al aspirador. Miguel Hernández escribió la oda a la escoba tras ser castigado a barrer el patio de la cárcel porque un vigilante había notado “algo raro” en él a la hora de cantar un himno —¿sería el “Cara al sol”?—, obligatorio para los presos. Surge, pues, tras una humillación. Y se titula ascensión. Perdida la anécdota, queda el canto. La escoba, al margen de que barrer fuera una tarea habitualmente femenina y de que,

según la profesora Geraldine C Nichols, su “forma y movimiento ascensional la asimilan al falo”, es un símbolo: bajó la escoba de la altura para barrer la basura de este mundo —*para librar del polvo sin vuelo cada cosa*— y asciende al final, como “una palmera, columna hacia la aurora”. Es una aurora visionaria: ¿la esperanza? El poema, así, teniendo en cuenta el motivo inspirador, expone un espacio íntimo que enriquece el sentido poético del texto. En la cárcel, *fábrica del llanto, telar de la lágrima que no ha de ser estéril*, el poeta sobrevive con coraje y bondad. Buero Vallejo lo confirmó: “sometidos a estrecha y numerosa convivencia, separados de nuestros familiares, vivíamos días de nostalgia y esperanza”.

Puesto que el tiempo, ese gran escultor, que decía la Yourcenar, desbasta las adherencias más superficiales, a los casi 70 años de la muerte del autor del *Cancionero de Ausencias*, debe quedar bien sólido lo en él es permanente: un testimonio vital, un compromiso ético y estético, y entre muchos versos escritos en sólo una década desbordada, unos versos conmovedores. De nuevo Wiesel: no somos responsables del pasado, sino de cómo lo recordamos; depende de nosotros impedir que el recuerdo se convierta en algo barato, trivial y estéril.

Si se aplica a la poesía algún principio de la teoría económica del consumidor —la recepción de la obra— el lector de hoy se rige por una racionalidad rutinaria, elige bienes por costumbre y por el principio de dependencia, que viene dictado por la publicidad, la moda, la marca, el prestigio y los modelos sociales. No figura la poesía entre esos bienes. Los bienes de consumo cultural se han multiplicado, han surgido otros nuevos y están al alcance de la mano. Con un aparatito en el bolsillo del chándal se puede

oír a Mozart trotando por la playa a pleno día. La imagen ha desvalorizado a la palabra, cuya precariedad es evidente incluso como instrumento de relaciones respetuosas o virtuales que se establecen entre locutores y oyentes. En el cine, en la televisión, en el aula, la lengua, que es una especie de lasaña con variadas capas lingüísticas y registros sociales, ha quedado laminada en una pizza coloquial aliñada con cháchara, parloteo y sainete desaliño. La palabra ha perdido valor artístico, poder dramático, uso poético y formal. La moda pedagógica la desdeña: la poesía no se considera útil en la formación sentimental ni en la magia verbal de los párvulos, no se lee en la escuela, no se comenta en el bachillerato, no se necesita a solas para el amor y el duelo, no se recita en ninguna parte. Ni siquiera se fomenta la lectura oral. No hay muchos lectores de poesía. Así, hoy el poeta y su obra quedan relegados, y al desconocimiento trae la indiferencia. Sólo con ocasión de una efeméride, un centenario o un suceso —la búsqueda de la tumba de Lorca, recientemente— el mundillo académico y el mediático se aplican a una revisión, que es efímera, porque el mercado exige consumo y renovación, y llega otra efeméride u otro suceso.

La crítica biográfica está desautorizada desde hace mucho en el ámbito académico. La poesía de Miguel Hernández se leyó con fervor partidario, primero bajo la prohibición y luego en libertad, con intención reivindicadora. Eso es otra cosa. Un centenario, puesto que se parte de un dato vital, puede ser la ocasión para relacionar vida y obra, y más cuando en este caso están tan determinadas. Su trayectoria vital tan inquieta y apasionada enriquece el testimonio estético. Y no sólo porque Miguel Hernández cae como una piedra en el agitado remolino de la

españahogándose de la guerra civil, sino por el impulso íntimo y agónico de hacerse, de formarse como poeta y de participar “como pueblo” en los hechos históricos. Como toda lectura es una proyección del lector sobre un texto, la vida y la obra de Miguel Hernández son un trabado hacerse de aprendizaje y experimentación durante diez años, llevado por el fatalismo del destino y la formación poética, que como un embudo que recoge las voces de los maestros y tutores, cuyos ecos y recursos imita y resuenan, llega a manar su voz personal que es la voz de las ausencias.

Yo creo que enriquece la lectura —nuestra proyección— si tenemos en cuenta los elementos narrativos de la biografía. En el aspecto más personal, a mí me interesa su esfuerzo por desclasarse de la penuria y de la ignorancia, su aventura titánica para acceder a un nivel cultural superior, en las que se incluyen las normas de educación, de urbanidad social, que no debió adquirir del todo. Su esfuerzo y sus cualidades personales (“radicalmente humano”, según Buero), su pasión por la literatura y la vida le abrieron a la tutela de Aleixandre y Neruda, la admisión y la amistad generacional, excepto de Lorca, que experimentaba una especie de alergia por su presencia personal, contó Concha Zardoya. A primeros de julio de 1936 Lorca llamó a Aleixandre para ir a su casa y leerle *La casa de Bernalda Alba*, pero cambió de parecer al enterarse de que estaba allí Miguel Hernández.

Era difícil, porque no renunció a lo propio —lo popular, lo telúrico, la naturaleza, la llamada de lo radical— y debió cargar con el complejo de su “cortedad cultural”, como señaló Prieto de Paula, y con la confusión de filtrar y asentar apresuradamente tanta información y tantas experiencias nuevas adquiridas en Madrid, cuando no se han

mamado y asimilado en el seno de una familia. No debió tener una mala formación escolar con los jesuitas, pero probablemente tenía poco que ver con la vida y la realización personal libre. El libro era instrumento, pero no los tenía mano para explorar de modo autodidacto su formación. Tenía, quizás, a su favor, la franqueza, la inquietud y la disposición a recibir ayuda de sus mentores, Ramón Sijé y los tertulianos del horno de los hermanos Fenoll, el canónigo Almarcha que le abre el mundo grecolatino y los clásicos españoles, después sus tutores Aleixandre y Neruda. Hoy, cuando hay libros en abundancia para todos y el libro ya no es el principal instrumento para el conocimiento y menos aún el asidero para el ascenso cultural, en Miguel Hernández el libro es el sustento escaso de su formación. Cuando pide a Aleixandre un ejemplar de, porque no tiene dinero para comprarlo, firma con un epíteto a la manera épica (Aquiles, “el de los pies ligeros”, Mio Cid, “el que en buena hora nació”, etc...) para identificar su estado y quizás favorecer la compasión. MIGUEL HERNÁNDEZ, PASTOR DE ORIHUELA. Sabido es indicar que el lugar insignificante del origen era un modo de enaltecer la figura de quien se había hecho a sí mismo, labrándose un destino: Jesús de *Nazaret*, Ruy Díaz d *Vivar*, don Quijote de la *Mancha*, y de modo irónico, nada mítico, los pícaros: Lázaro de *Tormes*... Miguel, de Orihuela.

Tenía, quizás, a su favor, la franqueza, la inquietud y la disposición a recibir ayuda de sus mentores, Ramón Sijé y los tertulianos del horno de los hermanos Fenoll, el canónigo Almarcha que le abre el mundo grecolatino y los clásicos españoles, después sus tutores Aleixandre y Neruda.

Hasta finales de los años sesenta, cuando se crean institutos y se ofrecen becas, la pobreza condenaba irremediablemente a la incultura.

El tiempo, ese gran escultor, que decía la Yourcenar, desbasta las adherencias más superficiales y

Él nunca tuvo muchas cosas consigo. Pedía libros porque no tenía dinero para comprarlos. Y para hacer eficaz su petición a Vicente Aleixandre, firmaba: Miguel Hernández, pastor de Orihuela. En el Madrid de la guerra le sobaban piojos, pero “tan valiente como siempre”, con uña y paciencia, estaba decidido a acabar con ellos, aunque fueran como elefantes. No le faltó cierto buen humor en medio de las desdichas. De los recuerdos y pertenencias que se expusieron en Alicante con ocasión del cincuentenario de su muerte, en 1992, el documento más patético era la nota que un escribano experto en inventarios administrativos redactó con los “efectos propiedad del fallecido”. Eran éstos: un mono, dos camisetas, un jersey, un calzoncillo, dos fundas de almohada, una correa, una toalla, una servilleta, dos pañuelos, un par de calcetines, una manta, una cazuela y un bote”. Y la ordenanza final: “pase a desinfección, y de allí a almacenes de administración”. ¿Ni un papel? Ese fue el equipaje de quién más que Miguel, decía llamarse barro. Al parecer un informe del forense salía al paso de que ni siquiera le hubieran cerrado los ojos, pero el director de la cárcel lo justificó con un informe del forense: “Miguel dormía siempre con los ojos abiertos porque estaba muy flaco”. Se consumó una biografía que empezó a fraguarse en la soledad abierta del campo, donde cuidaba cabras, a la soledad cerrada de la celda. A día de hoy su legado, como debe ser, son sus versos. Ni siquiera

la leyenda de que rogaba que le despidieran del sol y de los trigos.

La última vez que le vi ya no podía moverse. Ni mover una mano siquiera. Le caían las lágrimas de los ojos. No sé si lo escribió, si lo diría; le veo morir y le veo así, tendido, envuelto en la manta, con los pies tan negros, mirándome.

Cartas, documentos, testimonios y su última poesía íntima revelan que Miguel Hernández era un hombre afectuoso y bueno.

“Fue una época en la que, sometidos a estrecha y numerosa convivencia, separados de nuestros familiares, vivíamos días de nostalgia y esperanza” en la cárcel, recordó muchos años después. según Buero Vallejo.

Ya en la enfermería de la cárcel a modo de epitafio propio, y no el legendario que se le atribuyó —“...despedidme del sol y de los trigos”—, para dar el pésame a un amigo cuyo padre había muerto, escribió con ánimo sombrío: “consuélate, y lo importante, que no hay nada importante, es dar una hermosa solución a la vida”.

Pero esta consideración no parece tener muy buena acogida académica, científica. Poeta del pueblo, por su origen pobre, cuando la palabra pueblo se usaba en la acepción de “gente común y humilde de una población”. Pero la palabra pueblo está en desuso hasta en la acepción más genérica de “gente de un país”, salvo en boca de nacionalistas nostálgicos y terruñeros. No soplan vientos del pueblo, ni ventales de poetas, sino —no sé si por razones jurídicas, políticas o sociales— vientos de la *ciudadanía*. ¿Chapuzarse de pueblo?, como decía Unamuno. Suena hoy antiguo lo que decía Miguel Hernández: “los poetas

somos vientos del pueblo: nacemos para pasar sopladados a través de sus poros y conducir sus ojos y sus sentimientos...” ¿Conductor de ojos y sentimientos? Quizás los sentimientos sean más efímeros y olean al vaivén perentorio de los estímulos de la moda y del televisor, ese volcán que vomita lava efectista cuya acumulación satura y embota. Aquellos poetas ¿eran sólo útiles para ciertas circunstancias históricas? Los tiempos han cambiado, y, según eso, descansen rotulados en el nicho del olvido. *Aunque hoy es siempre todavía*, ¿quién cita ahora a Machado? ¿Dónde estás, Blas de Otero? Los valores emocionales que el nombre de Miguel Hernández despertaba, se han apagado¹.

La lengua en corazón tengo bañada, Publicaciones de la Universidad de Valencia, 2010, p. 9-18

